

NOTAS SOBRE UNA GESTIÓN DIPLOMÁTICA. ALLENDESALAZAR, MINISTRO DE ESTADO (1907-1909)

José Manuel Allendesalazar

El 25 de enero de 1907, don Antonio Maura formaba su segundo Gobierno. Según todas las previsiones, ésta era la gran oportunidad de su carrera política. El primer intento, en 1903-04, había terminado en una crisis «palatina» que no había permitido al Presidente desarrollar sus proyectos. Desde aquella fecha, Maura había afianzado su figura y concretado aún más su programa. Ahora llegaba como jefe indiscutible del partido Conservador y con un plan de acción que, según él mismo decía, estaba ultimado hasta sus menores detalles. La primera prueba de ello la dio el mismo día de su juramento. En contraste con las múltiples consultas y forcejeos que tradicionalmente precedían al nombramiento de los Ministros, Maura dio a conocer aquella misma mañana no sólo la lista completa del Gobierno sino la de 43 Gobernadores Civiles que iban a ser también nombrados en el primer Consejo de Ministros que se reunió, batiendo todos los precedentes de celeridad, a las 7.30 de la tarde del mismo 25 de enero.

El Gobierno estaba formado por Allendesalazar en Estado; el Marqués de Figueroa en Gracia y Justicia; el General Loño en Guerra; el Capitán de Navío Ferrandiz en Marina; Osma en Hacienda; La Cierva en Gobernación; Rodríguez Sampedro en Instrucción Pública y González Besada en Fomento. Era un gabinete plenamente conservador, con el que el Presidente quería afirmar su jefatura sobre la totalidad del partido. No había ningún miembro del antiguo partido «gamacista», al que había pertenecido antes Maura y, en cambio, se incluía, aunque en uno de los Ministerios de menos peso, a González Besada, como representante del sector «villaverdista», que hasta la muerte de su jefe se ha-

bía opuesto tenazmente a la jefatura del partido por Maura. Los comentaristas señalaron la ausencia de Sánchez Guerra y de Dato y también se sorprendieron de la presencia de La Cierva, que levantaba la sospecha, más tarde confirmada, de que, aunque uno de los puntos del programa de Maura era sanear la práctica electoral, tal como él mismo había procurado en 1902, ahora le interesaba más mantenerse en el poder durante el tiempo necesario para llevar a cabo el resto de su programa¹. En los demás cargos no había sorpresas: los nombres de Rodríguez Sampedro y Figueroa parecían confirmar que Maura estaba dando un paso más hacia la derecha y Osma y Allendesalazar eran, en fin, hombres fieles dentro del aparato del partido.

La vertiente exterior del programa de Maura se iba a desarrollar en dos líneas de acción claramente complementarias: una, dinámica y dirigida con gran energía, que era la reconstrucción de la Flota, casi desaparecida desde 1898; otra, más sosegada y tradicional, a través de la vía diplomática, para desarrollar las relaciones exteriores, sobre todo con las grandes potencias de Europa y en especial los compromisos en Marruecos, todo ello con la necesaria cautela hasta que el país estuviese en condiciones de embarcarse en empresas de mayor aliento. Esta era al menos la teoría.

Habían pasado ocho años desde el trauma militar y diplomático de la guerra con Estados Unidos y España reiniciaba su andadura internacional, partiendo prácticamente desde cero.

* * *

Para los españoles, el acontecimiento más importante del año 1898 es la guerra de Cuba y la fulminante derrota en que ésta acabó. También lo es para los norteamericanos y cubanos, portorriqueños y filipinos y apenas para nadie más. Para los europeos, el año se recuerda, en política internacional, por otro suceso que pudo ser mucho más trascendental en la historia de Europa y de todo el mundo. En 1898, Inglaterra y Francia se enfrentaron en Fachoda, un villorrio palúdico a orillas del Nilo, y estuvieron a punto de ir a la guerra por la posesión del mismo. El motivo era nimio, hasta parecer ridículo. Una columna expedicionaria francesa, de apenas cien soldados senegaleses al mando de un cierto Capitán Marchand, había hecho un increíble recorrido desde

¹ «El señor La Cierva organizó unas elecciones que deshicieron en la práctica todo el bien que los planes del señor Maura se proponían hacer en teoría». MADARIAGA, Salvador de: *España. Ensayo de Historia contemporánea*. Buenos Aires, 1944, p. 344.

el Congo francés, por tierras desconocidas para el europeo. hasta llegar a instalarse en la ribera sudanesa del Nilo. Así París podía cortar en dos el continente, asegurándose la posesión de un corredor este-oeste. de una a otra costa africana. El único inconveniente era que Inglaterra quería hacer la misma operación. pero en sentido norte-sur, desde el Cairo hasta ciudad del Cabo. Los dos intentos eran incompatibles.

Cuando se tuvieron noticias de la salida de la expedición Marchand, el Gobierno de Londres decidió desenterrar un viejo agravio que había sufrido catorce años antes. cuando un ejército de fanáticos derviches del Sudán había tomado Jartún y asesinado allí al General británico Charles George Gordon. El verdadero motivo de la expedición inglesa sólo se supo más tarde cuando, una vez triturados en Omdurman los rebeldes y pendercianos derviches, el jefe de la expedición. General Kitchener, recibió órdenes de expulsar a continuación a la columna francesa, instalada desde hacía semanas en el puertecito fluvial de Fachoda. aguas arriba del Nilo. La crisis internacional se puso en marcha. Los nervios se dispararon a ambos lados del canal de la Mancha y la opinión pública, tanto francesa como inglesa, reclamó airadamente la guerra. Fueron semanas de tensión no sólo diplomática sino también militar y las órdenes de movilización del Ejército y de la Marina estuvieron, durante días, a punto de firmarse tanto en París como en Londres.

Nunca, desde Waterloo, la guerra franco-inglesa estuvo más cerca de materializarse, ni nunca lo volvería a estar desde entonces. De repente la tensión se pinchó como un globo viejo. El Ministro de Asuntos Exteriores francés, M. Hanotaux, cuya anglofobia en cuestiones coloniales era bien conocida, había convocado a Marchand antes de su partida y le había dicho: «Vá usted a disparar un pistoletazo en la cuenca del Nilo pero nosotros aceptamos plenamente las consecuencias»². La frase resultó una mera baladronada. Cuando llegó la hora de la verdad, los Comandantes en jefe del Ejército y la Marina le dijeron al Presidente de la República que sus fuerzas no estaban en condiciones de hacer frente a las inglesas. Francia tuvo que humillarse: Hanotaux cesó como Ministro y Marchand y su destacamento abandonaron tristemente la cuenca del Nilo.

No hubo pues guerra y el mundo suspiró con alivio pero alguien dijo entonces que las relaciones franco-alemanas habían llegado a ser tan malas que. desde aquel momento, sólo podrían mejorar. La frase re-

² DORGELES, Roland: *Sous le Casque Blanc*. Paris, s.f., p. 191.

sultó profética. Londres comprendió que no podía dejar a Francia tan humillada, sin ofrecerle alguna compensación y esta compensación no podía ser otra que Marruecos, el otro gran país que, junto con Egipto, quedaba aún por colonizar en todo África. Pero en el futuro diálogo para llegar a este acuerdo, Londres iba a ir más lejos de lo que nadie pudo prever entonces.

Desde hacía tiempo, Inglaterra había comprendido que su «espléndida aislación» no funcionaba ya y andaba buscando amigos, incluso tan lejos como en Japón. Cuando el Kaiser Guillermo II, cuyas relaciones con Inglaterra marchaban de mal en peor, empezó a construir una Flota que debía ser, según confesión propia, «tan grande como la más poderosa que existiese entonces en el mundo» —en alusión demasiado clara a la británica—, Londres ya no dudó más e inició conversaciones con Rusia y con Francia. De ellas saldría la *triple entente* y la división de Europa en los dos bloques que acabarían organizando aquel soberbio suicidio colectivo que fue la I Guerra Mundial.

Así al empezar el siglo xx, los asuntos que absorbían las mentes de los más brillantes diplomáticos de París, Londres, Berlín, Roma, Viena y San Petersburgo eran principalmente dos: la colonización de Marruecos y la búsqueda de aliados o amigos en Europa. Ambos objetivos afectaban de lleno, quisíéralo o no, a la España vapuleada y humillada por Estados Unidos en 1898.

* * *

Tras esta derrota y como parte de la monumental *catharsis* nacional que la siguió, se había aceptado en España como verdad indiscutible que si el país hubiera tenido amigos o aliados en el 98, las cosas no hubieran salido tan mal ante Estados Unidos. Menos convicciones había respecto a la conveniencia de intervenir en Marruecos, pues la mayoría se inclinaba por continuar el *statu quo* y no caer de nuevo en otras aventuras coloniales, pero la idea de que aquel gran territorio situado a pocos kilómetros de Andalucía pudiera convertirse, todo él y de la noche a la mañana, en parte de Francia, tampoco era muy sugestiva.

En un primer momento, los políticos españoles reaccionaron lentamente y llenos de desconfianza ante estos nuevos protagonismos en que podía verse envuelto su país. Aún era fuerte el escozor provocado por el revolcón de Cuba y, además, el país no había salido de la prostración moral y de la crisis económica con que había empezado el nuevo siglo. Sólo cuando Gran Bretaña empezó a enviar señales, aún muy confidenciales, de que vería con buenos ojos un acercamiento político

con España, al menos sobre la situación en el Mediterráneo, y que por otro lado no estaba de acuerdo en que Francia prescindiese totalmente de España en el momento de comerse el pastel marroquí. empezaron los políticos de Madrid a oír, aparentemente con muy poco entusiasmo, aquellos cantos de sirena que llegaban tenuemente de las cancillerías europeas. El proceso fue lento, lleno de recelos y titubeos, pero España había ido entrando, casi a rastras, en aquel avispero que era la diplomacia europea del momento.

En cualquier caso, a medida que se fueron desarrollando los acontecimientos, se fue viendo que no había muchas otras opciones donde elegir. La desafiante visita del Kaiser a Tánger y la consecuente Conferencia de Algeciras, forzada por aquélla, habían ido llevando suavemente a España a las posiciones más cercanas a Francia e Inglaterra.

Estos eran los temas diplomáticos del momento cuando se inicia el período que iba a presidir, desde la cartera de Estado, Manuel Allendesalazar.

* * *

Allendesalazar era Ingeniero agrónomo y Licenciado en Derecho Administrativo, carreras que había iniciado en la Universidad de Oñate y terminado en la de Madrid. Al ser nombrado Ministro de Estado, tenía 51 años, era Senador vitalicio y había sido Ministro cuatro veces.

Los Allendesalazar eran una antigua familia vizcaína, originaria de las Encartaciones, pero radicada en Guernica desde comienzos del siglo XVIII. Aunque poseían abundantes tierras en la región, casi todos los miembros de la familia habían participado, durante generaciones, en la vida pública, en diversos cargos, fuera a nivel del Señorío o a nivel estatal. Desde finales del XVIII, la familia repartía su tiempo entre Guernica y la Corte y había recibido de la Corona el condado de Montefuerte, nombre que aludía a una de sus propiedades, en lo que más tarde sería la cuenca minera de Bilbao. La línea política que seguían los Allendesalazar era, con algunas excepciones, la de la dinastía liberal —«isabelina» y más tarde «alfonsina»— y en posiciones cercanas o afines al partido conservador. Esta postura había causado algunos problemas al padre de Manuel, el tercer Conde de Montefuerte, que había dejado de ir por Madrid durante los años que siguieron a la revolución del 68 y en cambio había tenido que alejarse de Vizcaya en los momentos más reñidos de la segunda guerra carlista.

Sus hijos también siguieron la tradición familiar del servicio público, los dos mayores como militares y el tercero, Ángel Allendesalazar,

amigo de Canalejas y vinculado, excepcionalmente en la familia, al partido liberal, se había distinguido como activo Diputado a Cortes por Guernica y como investigador de la historia y la cultura vascas. El más joven de los cuatro hermanos, Manuel, era el único que pareció inicialmente tomar un rumbo diferente, dedicándose a la docencia. Combinando sus dos carreras —agronómica y jurídica—, había ganado por oposición, siendo aún muy joven, la cátedra de lo que entonces se llamaba Legislación, Economía y Contabilidad Agrarias y luego pasó a denominarse Derecho Civil y Legislación Rural. Pero la afición por la política, tradicional en la familia, se había hecho al fin presente en él, por influencia sobre todo de su hermano Ángel, aunque a diferencia de éste, iba a militar desde el principio en las filas del partido conservador, del que ya no se apartó nunca.

Aunque desempeñó sin interrupción su cátedra hasta 1907, fecha en que pidió la excedencia al ser nombrado Ministro de Estado, Allendesalazar iba a dedicar cada día más tiempo a trabajar para su partido. Fue elegido diputado a Cortes por Marquina y su primer cargo político fue el de Director General de Hacienda de Ultramar, desde el que negoció con la Administración Mackinley el acuerdo arancelario de 1891 que había fomentado poderosamente el comercio de Cuba con Estados Unidos hasta su derogación, en vísperas ya de la segunda y definitiva rebelión de la isla.

Parece que la mezcla de conocimientos jurídico-administrativos y técnicos hizo de Allendesalazar un buen gestor de los fondos públicos, lo que iba a abrirle las puertas de su primer Ministerio, el de Hacienda, en el gobierno formado por Silvela en julio de 1900 y en el que consiguió saldar el presupuesto con superávit, lo que no se había producido en muchos años. A la reputación de ser «competentísimo en asuntos administrativos», unida a su conocida «falta de ambiciones»³, se añadía la «rectitud y buena voluntad... la disciplina y lealtad»⁴ hacia sus jefes políticos, que iban a ser sucesivamente Cánovas, Silvela y por fin Maura.

Desde el comienzo del siglo, su carrera política adquiere ya el ritmo vertiginoso que a los «consagrados» imponían los incesantes cambios de gobierno. En 1902 es Ministro de Instrucción Pública con Silvela; en 1903, ya con el primer Gobierno de Maura, Ministro de

³ MAURA, Duque de y FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Por qué cayó Alfonso XIII*. Madrid, 1972, p. 333.

⁴ SECO SERRANO, Carlos: *Historia de España «Ramón Menéndez Pidal»*. Tomo XXXVIII, vol. I, Madrid, 1995, p. 573.

Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas y, en fin, cuando el Ministro de Gobernación de este gobierno tuvo que cesar bajo acusaciones de manipulación en los resultados electorales, Maura lo substituyó con Allendesalazar, como «político invulnerable a achaques de caciquismo»⁵. En el interregno entre 1904 y 1907, en que Maura estuvo fuera del poder, Allendesalazar volvió a su especialidad de gestión económica, como Gobernador ahora del Banco de España, pero para entonces ya era considerado como figura de primera fila en su partido, fiel colaborador de Maura e incluso con cierta experiencia internacional.

Había sido durante el primer gobierno de Maura cuando el futuro Ministro de Estado había iniciado, un poco de rebote, sus primeras experiencias en la esfera de las relaciones internacionales. Dada la avanzada edad del entonces titular de Estado, Rodríguez Sampedro, Allendesalazar le había substituído en algunos viajes del Rey, como la visita oficial a Portugal; en varios períodos de la jornada veraniega de la Corte en San Sebastián y, especialmente, en la entrevista que Alfonso XIII mantuvo con Guillermo II en Vigo en marzo de 1904. También había asistido a esta, como Ministro de Marina, el Capitán de Navío Ferrandiz. Ahora, en 1907, Maura había querido llamar de nuevo a estos dos testigos de la entrevista de Vigo para desarrollar su programa de acción exterior.

En relación, en fin, con el tema de Marruecos, Allendesalazar se había interesado por él desde hacía tiempo. A la vista de la «penetración económica» acelerada que estaban intentando realizar allí Francia y Alemania, era partidario de iniciar la española lo antes posible y, en defensa de esta idea, había participado en el Primer Consejo Africanista celebrado poco antes y desde 1905 presidía la «Comisión de Estudios del Noroeste de África», cargo que, junto con su cátedra, abandonó al acceder a la cartera de Estado.

* * *

Esta cartera daba a su titular el acceso y control de los dos instrumentos tradicionales de la diplomacia, es decir el Ministerio de Estado y las Representaciones en el extranjero.

La división de trabajo en el Ministerio se realizaba entonces a través de cinco Secciones —Política, Contabilidad y Obra Pía; Protocolo; Co-

⁵ GALLO DE RENOVALES, José. *Allendesalazar*. Madrid, 1946, p. 97.

mercio y Consulados y Colonial— más los servicios de asuntos contenciosos, interpretación de lenguas, archivo y biblioteca. A ellas se añadía un Centro de Información Comercial, de reciente creación. Este organismo, bajo la dirección del Subsecretario, Marqués de Herrera, estaba servido por una dotación de personas que hoy día parece realmente escasa, pues se elevaba a 104 en total. La distribución de estos puestos de trabajo presentaba una acusada macrocefalia corporativa, ya que el Cuerpo Diplomático estaba representado por 47 funcionarios mientras que el Cuerpo Administrativo y Auxiliar sólo contaba con 23 y el de porteros y recaderos con otros 23. El personal se completaba con 8 intérpretes y 3 miembros de la carrera Consular, entonces separada de la Diplomática.

En el exterior, España tenía relaciones diplomáticas con 39 países, en 30 de los cuales mantenía misiones permanentes. De ellas, sólo 7 alcanzaban el rango de Embajadas, según un esquema tradicional que permanecía invariado desde hacía largo tiempo: Berlín, Viena, París, Londres, San Petersburgo, Roma-Quirinal y Roma-Vaticano. Las demás sólo eran Legaciones y su titular tenía el cargo de Ministro de España, aunque en realidad sus funciones eran idénticas a las de las «siete grandes». En total, había 67 diplomáticos destinados en Embajadas y Legaciones, más trece Agregados (sin sueldo) y cinco intérpretes (los cinco en Marruecos). Frente a esta relativa sobriedad en el despliegue diplomático, la red de agentes consulares era sorprendentemente tupida, pues incluía 192 cónsules de carrera, aparte de 760 agencias consulares, desempeñadas estas últimas, a título honorífico, por nacionales del país correspondiente.

El presupuesto anual del Ministerio de Estado era de 5.536.487 pesetas, de las que alrededor del 45% estaba destinado a sueldos del personal. En el extranjero, los sueldos solían llegar a las 70.000 pesetas anuales para los siete Embajadores, mientras que los Ministros jefes de las Legaciones oscilaban entre las 20 y 40.000. Los sueldos del Cuerpo Consular eran sensiblemente inferiores: un Cónsul de 2.^a percibía entre 13 y 15.000. En Madrid, el Ministro tenía asignado un sueldo de 30.000 pesetas anuales que incluía los gastos de representación y el total de las asignaciones a su disposición. El Subsecretario y los Ministros Plenipotenciarios percibían 12.500 pesetas y los Secretarios entre 7.500 y 3.000. El personal auxiliar oscilaba entre las 6.500 y 2.500, según la antigüedad y los porteros entre 3.500 y 2.000. Por aquel entonces, un obrero cualificado cobraba alrededor de 1.500 pesetas al año, un peón 1.040 y un aprendiz 416.

Las siete Embajadas españolas estaban cubiertas por diplomáticos de carrera con la excepción de la de París, ocupada por el veterano

León y Castillo, Marqués del Muni. de quien se decía que era «Embajador de carrera». A los 65 años. León y Castillo llevaba veinte de Embajador en París —con dos breves interrupciones— y había presidido todas las negociaciones con Francia sobre Guinea y África Ecuatorial primero y sobre Marruecos en 1902 y 1904. Era pues una autoridad insustituible y, aunque perteneciendo al partido Liberal, se consideraba que su labor diplomática estaba más all' de las divisiones partidistas.

En Londres, el Embajador era un diplomático de prestigio intelectual. Jurista, escritor de estilo elegante y prolífico historiador. Wenceslao Ramírez de Villa Urrutia venía ocupando la Embajada desde 1905, con un corto intervalo en que había sido nombrado Ministro de Estado por un gobierno Liberal, casi con el exclusivo objeto de acompañar a Alfonso XIII en su primer viaje oficial, tras su mayoría de edad, al extranjero. Más joven que los anteriores, Luis Polo de Bernabé era Embajador en Berlín desde julio de 1906, tras haberlo sido antes en Italia e Inglaterra.

Estas tres Embajadas representaban los centros neurálgicos de la inminente acción diplomática de España. El cuadro se completaba con la figura de José Llabería, Ministro en Tánger, puesto clave para la tarea que inmediatamente se planteaba a la diplomacia española, es decir la aplicación del Acta recién firmada en la Conferencia de Algeciras.

El Gobierno de Maura no iba a cambiar a ninguno de estos cargos, aunque los cuatro presentaron su dimisión, de modo más o menos ritual, al nuevo Ministro quien a su vez fue contestando a cada uno de ellos confirmándoles en el puesto y añadiendo, con cierta auto-complacencia, que el nuevo Gobierno «no se mueve ni siente con arreglo a los antiguos moldes».

El nuevo Gobierno estaba sin embargo algo preocupado por la percepción que de él se tuviera en el extranjero, donde ya habían surgido comentarios críticos sobre la figura de Maura, que se reputaba demasiado conservadora. La imagen que de sí mismo quería dar el gobierno está reflejada en una de las primeras cartas que el nuevo Ministro escribe a su Embajador en Berlín. «Quedo muy reconocido a las medidas que me dice haber tomado para evitar que la prensa y la opinión pública alemanas se dejen influir por las noticias que tienden a atribuir significación reaccionaria al nuevo Gabinete Español. Bastaría para desvanecer el equívoco —y en ello agradeceré a usted que insista— considerar que este gabinete se propone respetar la legalidad vigente, inspirada en los principios liberales y democráticos más amplios. Desde que el partido liberal hizo, desde 1885 a 1890, la reforma de nuestro régimen político, en el sentido de establecer el sufragio universal, el

Jurado, la libertad de asociación, etc., el partido... conservador... se ha esforzado siempre... en ponerlas lealmente a la práctica».

Aparte de estos escasos intentos iniciales de cuidar la imagen del Gobierno, los medios de que disponía el Ministro para presentar y defender ante la opinión pública sus tesis en política exterior parecen haberse limitado a la inserción, no muy frecuente, de artículos sin firma en «La Época»; una pequeña asignación para la Agencia francesa de noticias «Havas» y unas reducidas cantidades para atenciones a periodistas que sólo se entregaban a las Embajadas más importantes y que además fueron disminuyendo en los sucesivos presupuestos y sobre todo en 1909, cuando más falta hubieran hecho al Gobierno.

En cambio, en el campo de la información sobre política exterior, Allendesalazar demuestra desde el principio un gran interés por mejorar la situación que encuentra al llegar al Ministerio y que intenta remediar por dos vías: Por un lado pide que se le envíe más prensa del exterior, aunque limitada casi exclusivamente a la escrita en lengua francesa, única que conocían la mayoría de los políticos españoles de la época. «Me parece demasiado pequeño el número de periódicos franceses a que estamos suscritos... Se me ocurre añadir (a los cuatro que ya se recibían) el *Matin*, *L'Humanité*, el *Eclair*, *El Echo de Paris*, el *Bulletin du Comité de l'Afrique Française* y la *Revue politique et Parlementaire*».

El otro sistema iba a ser el fomentar hasta el máximo la correspondencia personal con los Embajadores, lo que iba a imprimir más flexibilidad que la que permitían las órdenes y los despachos oficiales, para recabar informaciones y comentarios, dar instrucciones más matizadas y comparar puntos de vista. La idea, que le fue brindada por el Embajador en Berlín, fue acogida en seguida por el Ministro. «Me parece muy bien que cuando la naturaleza de los asuntos lo aconseje me escriba usted confidencialmente, pudiendo... asegurarle que tendré mucho gusto en entenderme con usted en dicha forma». El propio Ministro impuso este sistema luego a los demás Embajadores: «Para el mejor desempeño de su cometido le transmitiré noticias y le daré, en los casos concretos, las instrucciones precisas». Cuando el sistema empezó a funcionar, el Ministro lo fue perfeccionando, con el «rebote» de opiniones entre unos y otros: «Recibirá usted frecuentes traslados de comunicaciones de sus colegas en el extranjero...; mi deseo sería que contestasen siempre si están o no conformes con sus propias ideas pues eso nos permitirá contrastar el valor de aquéllas». Poco a poco, los Embajadores llegarían a acostumbrarse al procedimiento y al final eran ellos mismos los que reclamaban conocer la opinión de sus compañeros en otras capitales.

Esta circunstancia iba a permitir también que el Gobierno «largo» de Maura sea hoy uno de los más ricamente documentados en temas de política exterior del reinado de Alfonso XIII⁶.

* * *

Los acontecimientos hicieron que Allendesalazar tuviera que entrar bien pronto en materia de la más alta transcendencia para la política exterior del país. A las pocas semanas de la toma de posesión, el Embajador francés en Madrid, M. Cambon planteó al Ministro la posibilidad de firmar un acuerdo sobre el mantenimiento del *status quo* en el Mediterráneo. La propuesta era una copia casi literal de la que había presentado Inglaterra hacía un par de años y que el Gobierno español no había entrado entonces a considerar, a causa de las incesantes crisis de gobierno, más que por otros motivos de fondo. Allendesalazar telegrafió a su Embajador en Londres para que averiguase si Gran Bretaña estaba, como parecía probable, detrás de esta iniciativa francesa. La respuesta fue afirmativa: la única diferencia era que, ahora que el acercamiento franco-inglés se iba afianzando en todos los terrenos, Londres quería incluir también en el trato a Francia⁷.

Puesto que la idea era primordialmente británica, Allendesalazar, aún aceptando indudablemente la participación francesa, optó por discutir el texto con sus verdaderos autores, encargando a Villa Urrutia que negociase el asunto en el Foreign Office. Había varias razones para ello. Una, la más delicada, era el tema de Gibraltar y el Ministro dio a Villa Urrutia instrucciones precisas para que, en vez de enumerar, identificando por su nombre, a cada uno de los territorios afectados, como hacía el borrador francés, se usase la expresión «las posesiones marítimas respectivas así del Mediterráneo como de la parte del Atlántico que baña las costas de Europa y África». Se trataba sólo de un expediente cosmético, para evitar que alguien lo interpretase como una renuncia española a la reivindicación del peñón. Aunque es indudable que, tras ello, latía el propósito del Gobierno de Maura de dejar dormir

⁶ El *Archivo Allendesalazar* consta de unas 5.000 cartas, de las que más de una tercera parte corresponde a cartas de los Embajadores de España al Ministro de Estado y copias de las respuestas de éste. Por donación de sus descendientes, forma parte hoy del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. Las citas de cartas que se mencionan en este artículo se encuentran todas en dicho *Archivo*.

⁷ También intentó Londres incluir a Italia, lo que se frustró, probablemente por recelos de Austria-Hungría, país entonces también «mediterráneo».

el asunto de Gibraltar hasta que corrieran mejores aires para la postura internacional de España, siempre cabría alegar que, aunque el acuerdo protegía en su conjunto a las posesiones de los tres países, no especificaba en ningún caso las que cada parte reconocía como tales a los otros dos países.

A pesar de lo artificioso de la solución, el hecho es que, durante el debate en las Cortes españolas para aprobar el acuerdo, nadie suscitó el tema de Gibraltar. Con posterioridad, las interpretaciones han sido variadas: el propio Villa Urrutia, en sus Memorias, considera que el acuerdo anunciaba una tregua española en la reivindicación de la roca. El francés Mousset afirma en cambio que se trataba de una renuncia «definitiva», mientras que Areilza y Castiella no le dan este valor, pero critican acerbamente el acuerdo como signo de debilidad y entreguismo del Gobierno de Maura. Curiosamente, aunque el acuerdo no ha sido en ningún momento denunciado, el Gobierno inglés nunca lo alegó más tarde, durante los debates en la ONU que dirigió como Ministro el propio Castiella⁸.

El otro asunto, quizá aún más importante, era, como señalaba Allendesalazar a Villa Urrutia, que el acuerdo no llegase a «establecer verdadera alianza, siquiera defensiva (y) mucho menos ofensiva»⁹, pero parece que en esto no hubo grandes dificultades porque tampoco Londres quería ir más lejos. El texto resultante, que recibió el espaldarazo real en la entrevista de Cartagena y tomó la forma de dos declaraciones bilaterales, hispano-inglesa e hispano-francesa, no consagra ningún tipo de alianza pero sí un obvio acercamiento español hacia *l'entente*. Era un aviso a Alemania —que funcionó— para que el Kaiser no tuviera veleidades de tender cables submarinos, arrendar estaciones de carbón u obtener derechos exclusivos de amarre en las Baleares, las Canarias ni en ningún puerto de Marruecos que, por la vía de hecho, estaba ya convirtiéndose en «*domaine réservé*» de España o Francia.

La falta de amigos, resentida en 1898, no quedaba resuelta pero sí paliada con un texto cuyo alcance real dejaba a la aislada diplomacia española en situación menos angustiosa. Era posiblemente la justa medida y, por ello, España no iba a tener que concurrir, como un aliado más, a la sangría de 1914.

⁸ VILLA URRUTIA, Marqués de: *Palique diplomático*, Madrid, 1923, p. 137. MOUSSET, Alberto: *La política exterior de España, 1873-1918*, Madrid, 1918, p. 181. AREILZA, José María de y CASTIELLA, Fernando M.^a: *Reivindicaciones de España*, Madrid, 1941, p. 396.

⁹ Carta del Ministro de Estado al Embajador en Londres, «estrictamente secreta», núm.7, de 20 marzo 1907.

El entendimiento con las potencias, especialmente con Francia, no iba a resultar tan sencillo en el otro tema mayor, es decir el de Marruecos.

* * *

Maura y Allendesalazar se entendieron aparentemente bien en el complicado tema marroquí. Naturalmente, como el Presidente y el Ministro se comunicaban de palabra —casi a diario y, en las épocas tensas, varias veces al día— la constancia escrita de este diálogo es escasa pero con ocasión de la ausencia de uno de ellos, sea porque Allendesalazar estuviese de «jornada» en San Sebastián o porque Maura realizase algún viaje fuera de la capital, han quedado una serie de cartas cruzadas, en que cada uno explica al otro sus puntos de vista sobre el tema. El más intenso de estos intercambios escritos de opiniones tuvo lugar cuando en 1907 los franceses intervinieron militarmente en Casablanca y España, co-responsable con Francia de la organización de la policía en aquel puerto, tuvo también que enviar allí tropas para hacer valer este derecho que le daba el Acta de Algeciras.

La crisis duró varios días y se la puede seguir con detalle en las cartas diarias que se cruzaron los dos ilustres interlocutores. Las de Maura son especialmente largas y pasan frecuentemente de las diez cuartillas, de su puño y letra y de escritura apretada por ambos lados del papel, orlado por estrecha banda de luto. La mayoría, según se desprende de su contenido, están escritas al final de una larga jornada de trabajo, posiblemente ya de madrugada. Los Consejos de Ministros solían acabar bien entrada la noche, incluso aquéllos que no empezaban, como era frecuente, tras acabar la ópera en el Real. Ello no empaña el rico, jugoso y un tanto afectado estilo que había hecho famoso en el Congreso a su autor. Aún tratándose de prosa escrita, al leerlas se tiene la impresión de que estas cartas cobrarían toda su fuerza leídas, por no decir declamadas, en voz alta y majestuosa. La longitud de las frases; el empleo frecuente de adjetivos sonoros e insólitos y los numerosos incisivos parecen a veces perjudicar la claridad del mensaje, pero éste acaba llegando al lector, iluminado por las continuas imágenes y martilleado por una enorme convicción.

En claro contraste, la redacción del Ministro resulta más seca y, quizá por su origen vascongado, su prosa parece a veces trabajosa. Aunque también utiliza frases largas, según el gusto de la época, suele entrar en materia mucho antes que Maura y resulta más articulado en sus razonamientos, aunque sin llegar a las profundidades analíticas en que gusta sumergirse el Presidente.

El Ministro maneja, como es natural, más reciente información sobre política exterior que le llega con las cartas de los Embajadores, en especial de León y Catillo con el que coincide en muchos enfoques. El Presidente, en cambio, tiene una concepción más nacional del problema y, como es lógico, en sus reflexiones tiene más cabida la problemática interna de España.

Puestos a buscar diferencias, cabría afirmar que, en la dicotomía Francia-Inglaterra, el Ministro es un punto más cercano a las posturas francesas que Maura, cuya anglofilia era conocida, pero según pasan los meses y aumentan los roces con París respecto a Marruecos, la francofilia del Ministro va también enfriándose.

Al comienzo, Maura procura andar con pies de plomo, sin separarse una coma del texto, no demasiado realista, de Algeciras, para no verse arrastrado por la dinámica colonizadora de Francia. El intentar emular a este país, piensa en 1907, «vendría a destiempo», implicaría «abrumadora carga militar», y llegaría antes del tiempo «que necesitamos para la reconstitución interior»¹⁰. Allendesalazar aparece al comienzo algo más predisposto a realizar una inmediata política de penetración económica y colonial en Marruecos

Curiosamente, a lo largo de los casi tres años que duró el Gobierno «largo», se puede detectar una clara inversión en las posiciones. Mientras se va apagando progresivamente la francofilia de Allendesalazar, es Maura quien en junio de 1909 toma la decisión de cerrar las Cortes el día 4 —en contraste con los dos años anteriores en que permanecieron abiertas hasta finas de julio— y a continuación aprueba por Decreto un crédito especial para «reforzar los Cuerpos que guarnecen la plaza de Melilla» y autoriza a las minas del Rif a reanudar los trabajos que habían sido suspendidos por la actitud hostil de las kabilas. Poco después llegaría la guerra del Rif y, tras ella, la semana sangrienta, la ejecución de Ferrer y la caída del Gobierno.

* * *

Esto lleva en fin de la mano a aludir a la gran polémica que iba a surgir pronto en España, acusando al Gobierno de Maura de haberse dejado arrastrar a una política agresiva, empujado por los intereses de algunas de las compañías que estaban empezando a explotar las minas marroquíes en las proximidades de Melilla.

¹⁰ Carta del Presidente del Consejo al Ministro de Estado, de 27 agosto 1907.

De la lectura de la correspondencia de Allendesalazar con algunos de sus Embajadores se desprende que el Gobierno de Maura actuó con notable neutralidad, guiándose por razones de interés nacional y no de partido. Así en las instrucciones que el Gobierno daba a Alfonso Merry del Val que acababa de ser nombrado Ministro en Tánger a la muerte de Llabería, Allendesalazar le dice que el Gobierno está dispuesto a ayudar a todas las compañías, aunque «conviene que no trascienda nuestro propósito porque de otra manera las peticiones serían nube» y hablando de las dos principales —el Sindicato de Minas donde tenían intereses varios miembros del partido Liberal, entre ellos Romanones, y la Compañía del Norte Africano, donde los tenía el consevador García Alix, junto con varios capitalistas franceses—, añade confidencialmente que «nuestras simpatías naturalmente están por la primera porque se trata de entidad genuinamente española cuanto porque la base de los tratos de la segunda con el Pretendiente (el Rogui) es, según todos los indicios, el suministro de contrabando de armas»¹¹.

Parece pues que fue el Gobierno de Maura —y todos los que le siguieron por lo menos hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera— quien, por razones de diplomacia y estrategia y viendo que la penetración francesa en Marruecos era ya inevitable, pensó que la mejor manera de hacer soportable a la economía española una costosa presencia en el Rif era procurar hacerla rentable —como hacían los países europeos con sus colonias— y consecuentemente animó a los capitalistas españoles, en general remisos y titubeantes ante la aventura marroquí, a invertir en la explotación de los yacimientos mineros de la zona. «No fue a este negocio el capital español espontáneamente, sino a ruegos del Gobierno, el cual, queriendo que hubiese «intereses españoles» en la zona sometida a nuestra influencia, pidió a varios capitalistas españoles que tomaran acciones: el pensamiento político era que los franceses no ocupasen la costa septentrional de África, frontera a la nuestra y para eso se pretendía crear allí intereses nacionales. Lejos de haber ido nuestras armas al Rif a defender a los mineros, fueron...los mineros a facilitar y justificar la acción de las armas»¹².

Como ha señalado en obra reciente el profesor Seco Serrano, «la acción colonial serviría de estímulo a las inversiones para la explotación minera y no al contrario»¹³.

* * *

¹¹ Carta del Ministro de Estado al Ministro de España en Tánger, de 20 marzo 1908.

¹² SALCEDO, Ángel: *Historia de España*, cit. en SECO SERRANO, *op. cit.*, p. 284/5.

¹³ SECO SERRANO: *op. cit.*, p. 256.

El Gobierno de Maura cayó en octubre de 1909. Su importancia en las relaciones exteriores de España no sólo viene dada por su duración, insólita durante el reinado de Alfonso XIII, que le hizo coincidir con numerosos acontecimientos significativos en la historia de Europa y de Marruecos, sino por el hecho de que, por la fuerza de estos acontecimientos, el marco *real* que las Potencias habían asignado a España en el proceso de penetración europea en Marruecos, quedó perfectamente definido, para siempre, en aquel tiempo. Encasillado entre la Conferencia de Algeciras y el acuerdo de Protectorado de 1912, este período permitió, a quien quiso verlo, calibrar perfectamente el papel que las grandes potencias reservaban para España en el imperio del Sultán.

Cuando en 1907 se produjo la intervención franco-española en Casablanca, por ser éste, junto con Tánger, uno de los dos puertos en que la seguridad estaba atribuida conjuntamente a las dos metrópolis, el Gobierno de Maura iba a intentar una especie de «canje», no previsto en Algeciras, cediendo a Francia la exclusiva de acción en Casablanca a cambio de obtener la misma exclusividad en el otro puerto. El Foreign Office, alegando como siempre el temor a una posible reacción violenta de Alemania, se negó a aceptar esta idea, que habría dado a España papel preponderante en Tánger, punto que Inglaterra quería conservar lo más «internacional» posible.

Más tarde, en 1909, tras la semana sangrienta y la toma del Gurugú y a punto ya de caer el Gobierno de Maura, las Potencias, ante la insistencia de Allendesalazar desde Madrid, rechazaron una nota de protesta del Sultán por las acciones bélicas de España en el Rif. Este rechazo equivalía a todos los efectos a dar carta blanca a España para hacer lo que estimase oportuno, siempre que no se saliese de la zona fijada en 1904 y que quedaría consagrada, con algunas variantes, en 1912.

Dicho con otras palabras, Inglaterra había decidido ya mucho antes que la cuestión de Marruecos se resolvería de acuerdo a tres criterios: Alemania no participaría en Marruecos; Francia no lo haría en solitario y España tendría allí una presencia menor, supeditada a los intereses franceses, siempre que París no abusase demasiado de este protagonismo. Esta fórmula se mantendría contra viento y marea y, de modo sintético, estaba ya contenida en la contestación que dio Eduardo VII al Embajador español Villa Urrutia cuando Allendesalazar le dio instrucciones de que suscitase directamente con el monarca británico el tema marroquí: «En Marruecos, tienen Vds. que ir con los franceses y entenderse con ellos»¹⁴.

¹⁴ Carta del Embajador en Londres al Ministro de Estado, de 10 septiembre 1907.

No todos los políticos españoles quisieron entender esta sentencia firme y, durante años (culminando con la ocupación de Tánger durante la Segunda Guerra Mundial), siguieron intentando corregir este reparto territorial porque les parecía exiguo para España, aunque en los momentos de angustia militar —tras el Barranco del Lobo y tras el desastre de Annual— parecía que en realidad el territorio asignado nos venía grande.

Era tiempo perdido. Eduardo VII había definido un plan europeo para Marruecos y éste se mantendría de hecho incólume hasta que el país recuperó la independencia en 1956. Todo quedaba dicho durante los treinta y dos meses que duró el Gobierno «largo» de Maura.

* * *

La prestigiosa cartera de Estado podía aparecer como la culminación de la carrera política de Allendesalazar. La realidad iba a ser otra: durante los diez años siguientes al período que nos ocupa, Allendesalazar efectivamente desaparece de la arena política —salvo para sus responsabilidades como Senador que siguió desarrollando asiduamente— pero luego iba a volver a ella, llamado esta vez a ocupar la cúspide de la pirámide, formando por dos veces su propio Gobierno, en momentos de alta tensión en España.

En 1919, en plena crisis del partido conservador, «Allendesalazar, (como) hombre adscrito al maurismo —con experiencia y método sobrados, y no era el menor su prudente ecuanimidad entre las tensiones de la dividida familia conservadora—, (fue) quien hubo de hacerse cargo del poder: verdadero sacrificio, dadas las enormes dificultades que se alzaban ante él»¹⁵. El nuevo Presidente, con un Gobierno de «concentración», o de *taracea*, como lo llaman Maura y Fernández Almagro¹⁶, consiguió en breve plazo el encargo principal que le llevaba al poder, es decir presentar y hacer aprobar un Presupuesto nacional que durante cinco años había venido prorrogándose por falta de consenso. Cumplida esta misión, presentó la dimisión, siendo sustituido por Dato.

Al morir éste asesinado, Allendesalazar, en circunstancias aún más difíciles y dramáticas para el partido y el país, volvió a formar otro Gobierno, «de gestión». Perseguido siempre por el inacabable tema marroquí, este segundo Gobierno de Allendesalazar sería alcanzado de lle-

¹⁵ SECO SERRANO, *op. cit.*, pp. 513-4.

¹⁶ MAURA y FERNÁNDEZ ALMAGRO: *op. cit.*, p. 333.

no por las consecuencias del desastre de Annual y el hundimiento de la Comandancia General de Melilla.

Repuesto apenas el orden militar en la zona, el Gobierno presentó la dimisión, con la que acababa, en clave de tragedia, la trayectoria política de un hombre cuyas virtudes fueron quizá, como dice un historiador actual, «merecedoras de mejor suerte»¹⁷ al final de su carrera. Allendesalazar murió dos años más tarde, seis meses antes, día a día, del golpe de Estado del General Primo de Rivera.

¹⁷ SECO SERRANO, *op. cit.*, p. 573.